

á la necesidad de volver á la vida á que estaba condenada. Se oyó arriba la voz de Ragú, por última vez.

—Vamos, ya estás ahí, menos mal... Ea, grandísima tonta, ven á acostarte; no pienso comerte esta noche todavía.

Y Lucas huyó, tan desesperado, que buscaba las razones de aquella amargura terrible, que sentía. Mientras se orientaba con trabajo, en el dédalo obscuro de las inmundas callejas del Beauclair viejo, discutía consigo mismo y se enternecía. ¡Pobre niña! Era víctima del medio; jamás se hubiera entregado al tal Ragú sin la perversión de la miseria abrumadora. Con qué profunda labor habría que dar vuelta á la humanidad, para que el trabajo volviera á ser honra y alegría, para que el amor sano y fuerte pudiese florecer de nuevo, en la gran recolección de verdad y de justicia! Entre tanto, lo mejor era, sin duda, que la pobre niña siguiera con aquel Ragú, si consentía en no maltratarla demasiado. En el cielo había cesado el viento tempestuoso, algunas estrellas aparecían entre las espesas nubes inmóviles. ¡Pero qué negra noche, y en qué inmensa melancolía las tinieblas anegaban el corazón! De repente se encontró Lucas en el ribazo del Mionna, junto al puente de madera. Enfrente, el Abismo, siempre trabajando, con sordo rugido, dejaba oír también el acompasado vaivén de los martinetes, ruido que cortaban los golpes más profundos de los grandes martillos de forja. Rasgaban la obscuridad, de cuando en cuando, algunas llamaradas; el humo lívido, extendiéndose, rodeaba la fábrica de un horizonte de tormenta, atravesando los rayos de luz eléctrica. Este espectáculo nocturno del monstruo, cuyos hornos jamás se extinguían, le hizo ver otra vez el trabajo mortífero, impuesto como en un presidio, pagado sobre todo con desconfianza y desprecio. Pasó ante él la hermosa figura de Bonnaire, y le vió como le había dejado en la lúgubre estancia, derribado como un vencido, ante el porvenir incierto. Luego, sin transición, se presentó otro recuer-

do de la noche, el vago perfil de Lange, el alfarero, lanzando su maldición con la vehemencia de un profeta, anunciando la destrucción de Beauclair, bajo el cúmulo de sus crímenes. Pero á tales horas, Beauclair, aterrado, yacía dormido; no era ya en el primer término de la llanura, más que una masa confusa, tenebrosa, donde no brillaba ni una luz. No quedaba más que el Abismo, con su vida de infierno sin tregua, donde seguían retumbando los truenos, donde llamas incesantes devoraban vidas de hombres.

En lo obscuro, un reloj lejano, anunció la media noche. Tomó Lucas por el puente y bajó por el camino de Brias, para volver á la Crecherie, donde su lecho le esperaba. A punto de llegar, una gran claridad iluminó de repente todo el paisaje, los dos promontorios de los Montes Bleuses, los adormecidos tejados del pueblo, hasta los campos lejanos de la Rumaña. Otra vez, á media ladera, una sangría del horno alto, cuyo negro perfil apareció como en un incendio. Y Lucas, levantando los ojos, tuvo de nuevo la sensación de que amanecía el astro prometido á sus sueños de una nueva humanidad, entre la grana de una aurora.

III

Al día siguiente, domingo, Lucas acababa de levantarse cuando recibió una carta amistosa de la señora Boisgelin, que le invitaba á almorzar en la Guerdache. Había sabido que estaba en Beauclair, y como no ignoraba que los Jordán no volverían hasta el lunes, le decía que tendría mucho gusto en verle y en hablar un poco de su antigua intimi-

dad de París cuando se ocupaban juntos, en el cuartel pobre del barrio de San Antonio, en importantes asuntos de caridad, de que no hablaban á nadie. Y Lucas, que tenía por ella una especie de veneración afectuosa, aceptó en seguida, respondiendo que, á las once, estaría en la Guerdache. Un tiempo soberbio había sucedido á la semana de fuertes lluvias que acababa de anegar á Beauclair. Un sol radiante se había elevado en un cielo de un azul puro, como lavado por los chubascos, uno de esos soles claros de Septiembre, tan caloroso todavía que los caminos ya estaban secos. Así que Lucas anduvo con gusto á pie los dos kilómetros que separan á la Guerdache de la ciudad. Cuando atravesó ésta á eso de las diez y cuarto, la ciudad nueva, que se extendía desde la plaza de la Alcaldía hasta los primeros campos de la Rumaña, le sorprendió con su dorada alegría de barrio elegante, y le hizo evocar el duelo terrible del cuartel pobre, que había visto la víspera. En la ciudad nueva estaban la Sub-Prefectura, el tribunal y una hermosa cárcel, cuyas paredes mostraban el yeso, fresco todavía. En cuanto á la iglesia de San Vicente, como á caballo entre la ciudad vieja y la nueva, edificio elegante del siglo diez y seis, acababa de ser reparada, porque el campanario había amenazado hundirse sobre los fieles. El sol doraba las opulentas casas de los burgueses; la misma plaza de la Alcaldía, en la parte baja de la populosa calle de Brias, con su viejo y vasto edificio, que servía á la vez de Ayuntamiento y de escuela, se alegraba con aquella luz.

Pronto estuvo Lucas en el campo, saliendo por la calle de Formeries, cuya calzada recta, más allá de la plaza, seguía á la calle de Brias. En el camino de Formerie, casi á las puertas de Beauclair, estaba la Guerdache. No había prisa y Lucas caminaba como azotacalles lleno de sus ensueños; al volverse distinguió al Norte, al otro lado de la ciudad, cuyas casas descendían en cuesta suave, el inmenso talud de los Montes Bleuses que hendía la garganta

escarpada de donde salía la corriente del Mionna. En esta especie de estuario, abierto sobre la llanura, se distinguía muy claramente los edificios amontonados y las altas chimeneas del Abismo, así como el horno alto de la Crécherie, toda una ciudad industrial que también se veía desde el horizonte entero de la Rumaña, á leguas de distancia. Lucas estuvo mirando mucho tiempo. Después, cuando volvió á emprender la marcha á paso lento hacia la Guerdache, cuyos árboles magníficos ya distinguía á lo lejos, se acordó de la típica historia de los Qurignon que Jordán le había contado y la repasó en la memoria. El fundador del Abismo Blas Qurignon, el obrero tirador, vino á instalarse allí, al borde del torrente, con sus dos martinets, en 1823. Nunca tuvo más que una veintena de obreros, no juntó más que una fortuna modesta y se contentó con hacerse construir cerca de la fábrica la casa reducida, el pabellón de ladrillos en que habitaba todavía Delaveau, el director actual. Jerónimo Qurignon, segundo de este nombre, nacido el mismo año en que su padre fundaba su imperio, fué quien llegó á ser rey de la industria. En él se habían acumulado las fuerzas creadas por la larga ascendencia de obreros; todos los esfuerzos en germen, todo el empuje secular del pueblo. Siglos y siglos de energía latente, una larga serie de abuelos, testarudos y empeñados en buscar la dicha, luchando con rabia en la sombra, muriendo en la faena, obraban por fin, llegando á este triunfador, capaz de diez y ocho horas de trabajo al día; de una inteligencia, de una razón, de una voluntad que arrastraban los obstáculos. En menos de veinte años hizo salir de la tierra una ciudad, ocupó á mil doscientos obreros, ganó millones; después, ahogándose en la humilde casa levantada por su padre, compró en ochocientos mil francos la Guerdache, una gran mansión, suntuosa, donde podía alojar á diez familias, con un parque hermoso, tierras y una casería. En su convicción, la Guerdache iba á ser la casa patriarcal, en que reinaría lujosamente su descendencia,

las numerosas parejas de amor y de alegría que debían nacer de su riqueza, como de una tierra bendecida. Le preparaba el porvenir de dominación que soñaba, mediante el trabajo domado, utilizado para el goce de los escogidos; pues esta fuerza amontonada que hoy ya se desbordaba, que él sentía en sí mismo, ¿no era definitiva, infinita, no iba á reaparecer, hasta aumentada, en sus hijos, sin disminuir ni agotarse en mucho tiempo? Pero en su sólida de encina, la primer desgracia le hirió joven todavía, en plena fuerza, á los cincuenta y dos años. Una parálisis repentina le quitó el uso de ambas piernas, y tuvo que ceder la dirección del Abismo á Miguel, su hijo mayor.

Miguel Qurignon, tercero de este nombre, acababa de cumplir treinta años. Tenía un hermano menor, Felipe, que contra la voluntad de su padre se había casado en París con una mujer de extraordinaria belleza, pero de hábitos alarmantes; y entre los dos mozos, había una hija, Laura, ya de veinticinco años, que atormentaba á sus padres con una devoción extremosa. Miguel se había casado muy joven, con una mujer de blanda dulzura, de la cual tenía dos hijos, Gustavo y Susana, el uno de cinco años y la otra de tres. Entonces tuvo que encargarse de repente de la dirección de la fábrica. Se convino que la dirigiera en nombre y provecho de la familia entera, debiendo cada cual sacar su parte de beneficios, según la partición hecha de común acuerdo. Aun que no tenía en grado heroico las admirables cualidades de su padre; ni su resistencia para el trabajo, ni su viva inteligencia, ni su método; con todo, fué al principio un excelente jefe; consiguió durante diez años que no decayera la casa y hasta extendió sus negocios por algún tiempo, renovando la antigua maquinaria. Pero le alcanzaron duelos y disgustos que parecían anunciar los próximos desastres. Su madre había muerto, su padre paralítico, que solo salía para que le pasearan en un cochecillo, se había como encerrado en mudez absoluta, desde que pronunciaba con trabajo ciertas palabras.

Después su hermana Laura entró en un convento, perdida la cabeza por la exaltación mística, sin que nada pudiera detenerla en la Guérdache, entre las alegrías del mundo; y en tanto venían de París lamentables noticias de la familia de su hermano Felipe, cuya mujer iba resbalando en aventuras escandalosas, arrastrando al marido á una vida desenfadada, de juego, necedades y locuras. Por último, perdió Miguel á su esposa, tan delicada, tan amable, y esto fué para él una gran desgracia, la causa de una especie de desequilibrio, que le arrojó al desórden. Ya antes, había cedido á su afición á las mujeres hermosas, pero discretamente por el miedo que tenía de afligir á la querida compañera siempre enferma. Muerta ella, nada le estorbó, hizo su gusto en toda ocasión, en amoríos á la ventura, en que dejaba lo mejor del tiempo y de la fuerza.

Pasó un nuevo periodo de diez años, durante el cual el Abismo, (que ya no tenía á su frente al jefe vencedor de las épocas de conquista) decayó, dirigido ahora por un amo cansado ya y repleto que se comía todo el botín. Una fiebre de lujo le había dominado, y todo se volvía fiestas, placeres, dinero gastado en la vida alegre. Y fué lo peor que á estas causas de ruina, una mala gestión, esfuerzos que cada día se debilitaban más, se juntó una catástrofe industrial que estuvo á punto de aniquilar toda la industria metalúrgica de la comarca. Se hizo imposible continuar fabricando aceros baratos, railes, grandes armaduras, ante la competencia victoriosa de las fábricas de aceros del Norte y del Este, que en adelante, gracias á la invención de un procedimiento químico, podían emplear muy económicamente minerales defectuosos, hasta entonces inutilizados. Y en dos años Miguel sintió hundirse bajo sus pies el Abismo; y el día en que por vencimientos acumulados necesitó trescientos mil francos, que tuvo que pedir prestados, un drama íntimo, abominable, acabó de volverle loco. Estaba entonces cerca de los cincuenta y cuatro años,

enamorado con el corazón y la carne de una mujerzuela bonita, traída de París, escondida en Beauclair, con la cual soñaba locamente en huir de un momento á otro, corriendo al país del sol, para vivir de amor, lejos de todo aquel trabajo.

Su hijo Gustavo, cuyos veintisiete años se arrastraban ociosos, después de estudios detestables, se le reía enterado de sus amores, porque vivía con él como con un camarada. También se burlaba del Abismo y se negaba á poner los piés sobre todo aquel hierro viejo, que manchaba y olía mal; y montaba á caballo, cazaba, hacía la vida vacía de un mozo amable, fin de una raza, como si ya contara siglos de antepasados ilustres. Y ello fué que á lo mejor una noche, después de haber cogido en una gaveta cien mil francos, todo lo que su padre había podido juntar para los vencimientos del día siguiente, desapareció con la querida de «papá;» se llevó á la mujerzuela bonita, que se le había arrojado al cuello. Y al otro día, Miguel, herido en el corazón y en la cabeza, al ver hundidas su pasión y su fortuna, cediendo á un vértigo de un monstruoso horror, se mató sin más, de un tiro de revolver.

De esto hacía tres años, y las ruínas de los Qurignon precipitándose, se habían acumulado todavía como para ejemplo del destino más adverso. Poco después de la marcha de Gustavo, se supo que había muerto en Niza, arrastrado por los caballos desbocados de un coche, que le habían arrojado á un precipicio. En París, el hermano menor de Miguel, Felipe, acababa de desaparecer también, muerto en desafío, después de una aventura fea, á que le había arrastrado su terrible mujer, que ahora estaba en Rusia, según decían, con un cantante; y el único hijo que habían tenido, Andrés Qurignon, último de este nombre, había tenido que ser encerrado en un sanatorio, enfermo de raquitis, complicada con delirios. Aparte de este enfermo, y de la tía Laura que seguía en el convento, como muerta también, sólo quedaba Susana, la hija de Mi-

guel. Susana, á los veinte años, cinco antes de la muerte de su padre, se había casado con Boisgelín, que se había enamorado de ella, al encontrarla en casa de un vecino del campo. A pesar de que el Abismo ya peligraba, Miguel, fastuoso, se había arreglado de modo que había podido dar á su hija un millón de dote. Por su parte, Boisgelín tenía por su abuelo y por su padre una fortuna de más de seis millones, ganada en negocios turbios; toda una mala fama de usura y robo, de la cual, personalmente, le limpiaba su absoluta ociosidad, desde que había nacido. Gozaba de consideración, envidiado, bien quisto, dueño en París de un soberbio palacio, en el parque Monceau, y haciendo una vida de gastos locos. Después de haber hecho consistir su distinción en ser siempre el último de la clase, en el Liceo Condorcet, pasmado con su elegancia, jamás había hecho cosa alguna con sus diez dedos; creía ser el aristócrata nuevo, que fundaba su nobleza comiéndose con magnificencia la fortuna que sus mayores habían adquirido, sin rebajarse él jamás á ganar un cuarto. Lo malo fué que los seis millones llegaron á no bastar para el gran tren de su casa, y que él se dejó arrastrar á especulaciones rentísticas, de las que por cierto no entendía una palabra. Nuevas minas de oro enloquecían entonces la Bolsa; se le había prometido que si arriesgaba su fortuna la triplicaría en dos años. Y de repente aquello fué la ruína, el desastre; pudo creer un instante que estaba absolutamente perdido, hasta el punto de no salvar de los escombros un pedazo de pan para el día siguiente. Lloraba como un niño, miraba sus manos de ocioso, preguntándose qué haría de ellas ahora, pues ni sabían, ni podían trabajar. Entonces Susana, su mujer, se manifestó de veras admirable, con una ternura, una sana razón, un valor, que otra vez le pusieron en pie. El millón de la dote estaba intacto. Quiso ella liquidar, despejar la situación, que se vendiera el palacio del parque Monceau, donde la vida se hacía muy cara; y de este modo pareció

otro millón, ¿Pero cómo vivir, en París sobre todo, con dos millones, cuando seis no habían bastado, é iban á nacer todas las tentaciones del lujo ostentoso, que abraza la gran ciudad? Y el azar de un encuentro decidió porvenir.

Boisgelin tenía un primo pobre, Delaveau, hijo de una hermana de su padre, el marido de la cual, inventor de un graciado, la había llevado á la miseria.

Delaveau, modesto ingeniero procedente de la Escuela de Artes y Oficios, ocupaba una humilde situación en una mina de hulla de Briás en el momento del suicidio de Miguel Qurignon. Devorado por el ansia de medrar, instigado por su mujer y muy al corriente de la situación de Boisgelin, que él creía poder levantar, gracias á una organización del todo nueva, había venido á París, en busca de comanditarios, cuando una tarde, en la calle, se encontró frente á frente de su primo Boisgelin. Fué aquello como un rayo, ¿cómo no había pensado en él, en aquel capitán lista que justamente era marido de una Qurignon? Luego cuando conoció la situación del matrimonio, aquellos dos millones, únicos que les quedaban, para los cuales buscaban una situación ventajosa, Delaveau amplió más su plan, tuvo con su primo varias entrevistas, durante las cuales se mostró tan convencido, tan lleno de inteligencia y de fuerza, que acabó por decidirle. Era todo un plan de genio; aprovecharse de la catástrofe, comprar el Abismo en un millón, cuando valía dos, y organizar la fabricación de aceros finos, lo que daría pronto beneficios considerables. Después, ¿por qué los Boisgelin no compraban la Guerdache? En la liquidación forzosa que se iba á hacer de la fortuna de los Qurignon la tendrían fácilmente por quinientos mil francos, cuando había costado ochocientos mil. Sobre los dos millones, Boisgelin tendría además quinientos mil francos que emplearía en la explotación de la fábrica; y él, Delaveau, se comprometía formalmente á decuplar el capital, á darle una renta de princip

El matrimonio debía dejar á París, viviría á sus anchas en la Guerdache, con vida dichosa, esperando á que la fortuna colosal, que de seguro habían de recobrar un día, les permitiese volver á su existencia parisiense, con todo el fausto que habían podido soñar,

Susana fué quien acabó de decidir á su marido, muy inquieto ante la idea de esta vida provinciana, con el terror de morir de aburrimiento. A ella por el contrario la encantaba el volver á la Guerdache, donde había vivido durante toda su juventud. Las cosas pasaron como Delaveau había previsto; se hizo la liquidación; el millón y medio que los Boisgelin desembolsaron por el Abismo y la Guerdache liquidaron apenas la situación embarazosa de los Qurignon, de suerte que se hicieron los dueños absolutos sin tener en adelante que rendir cuentas á los dos únicos herederos que quedaban, la tía Laura, la religiosa, y Andrés, el pobre raquítico, medio loco, encerrado en un sanatorio.

Por lo demás, Delaveau cumplió sus compromisos; reorganizó la fábrica, renovó la maquinaria y obtuvo tan buen éxito en la fabricación de aceros finos, que al cabo del primer año ya se anunciaron magníficas ganancias. En tres años, el Abismo había vuelto á ser una de las fábricas de aceros más prósperas de la comarca y la renta que los mil doscientos obreros ganaban para Boisgelin le permitió instalarse en la Guerdache con un gran lujo: seis caballos en la cuadra, cinco carruajes en la cochera; partidas de caza, fiestas, comidas, para las cuales se disputaban las invitaciones las autoridades de la ciudad. Así que Boisgelin, que había arrastrado pesadamente su ociosidad con el mal de ausencia de París durante los primeros meses, parecía ahora haberse aclimatado á la provincia volviendo á encontrar un rincón del imperio donde triunfaba su vanidad, por haber vuelto á llenar con el vacío su vida, que era un zumbido de insecto inútil. Había sobre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

todo una causa secreta, una victoriosa fatuidad, en la tranquila condescendencia con que reinaba en Beauclair.

Delaveau se había instalado en el Abismo, donde ocupaba la antigua casa de Blas Qurignon, con su mujer Fernanda y su hija Nisa, de pocos meses. Tenía él entonces treinta y siete años y su mujer veintisiete. La había conocido en casa de la madre de ella, una maestra de piano que habitaba en el mismo piso y corredor que él, en el fondo de una negra casa de la calle Saint-Jacques. Tenía ella una hermosura brillante, tan bella y soberana, que por más de un año, cuando la encontraba en la escalera se arrojaba él á la pared, temblando como pobre muchacho avergonzado de su fealdad y pobreza. Después se cambiaron saludos, comenzó cierta intimidad; la madre le declaró en confianza que había vivido doce años en Rusia, y que esta hija, de una magnificencia de reina, era el único regalo que había sacado, después de haber sido seducida por un príncipe que la adoraba y le hubiera dado una fortuna regia; pero había muerto por accidente, de un tiro, un día de caza; y la pobre mujer, volviendo sin un cuarto á Paris, con su Fernanda aun pequeña, no había podido menos de volver á sus lecciones, educando á la niña gracias á un trabajo encarnizado, soñando para ella, á pesar de todo, un prodigioso destino. Fernanda, mecida por las adulaciones, convencida de que su hermosura la destinaba á un trono, se había encontrado con la negra miseria: las botinas que no se sabía como reemplazar y los vestidos y los sombreros que tenía que arreglar ella misma. La cólera, hora por hora, se había apoderado de ella, con tal necesidad de vencer, que desde los diez años no había vivido un día sin odio, sin envidia, sin crueldad, acumulando en sí extraordinarias fuerzas de perversión y destrucción. Consumó la obra la creencia de que su hermosura vencería de todos modos por su propia omnipotencia; y llegó á cometer la necedad de entregarse á un hombre, á un señor de la fortuna y del poder, que la abandonó al

día siguiente. Esta aventura, enterrada en el fondo más amargo de su sér, le enseñó la mentira, la hipocrecia, la astucia que aun no tenía. Se juró no volver á empezar; conservaba demasiada ambición para caer en la vida de dama cortesana. Aquello era la quiebra de la hermosura; no bastaba ser hermosa; había que encontrar la ocasión de serlo; dar con un hombre á quien hechizar para convertirle en mera cosa sumisa. Y muerta su madre del ir y venir dando lecciones á domicilio durante un cuarto de siglo, por el lodo de Paris, para ganarle apenas el pan, vió Fernanda llegada la ocasión, al verse en frente de Delaveau, ni guapo ni rico, pero que ofrecía casarse. No le quería, pero le veía muy enamorado de ella; y se decidió á entrar de su brazo en el mundo ordenado de las mujeres honradas, en el cual le serviría aquel marido de apoyo y de instrumento. Tuvo que comprarla el canastillo de novia; la aceptó desnuda, con la fe exaltada de un devoto que solo deseaba en ella á la diosa. Desde aquel instante se cumplió el sino como Fernanda lo había deseado. No habían pasado dos meses desde que su marido la había introducido en la Guerdache, cuando ya había seducido á Boisgelin, al cual se entregó de repente una tarde, después de haber estudiado el caso con cuidado. Para él fué una pasión fuerte; por ella hubiera dado su fortuna, á riesgo de romper con todo. Fernanda encontraba en aquel buen mozo, de círculo y de caballo, el ideal buscado, el amante para la vanidad, la locura y la largueza, capaz de los peores abandonos con tal de conservar una querida tan bella, ya indispensable para su lujo. Además, allí satisfacía ella toda clase de rencores acumulados: el odio sordo á su marido, cuya vida de trabajo y tranquila ceguedad la humillaban; sus celos crecientes de la apacible Susana, á quien desde el primer día se había puesto á aborrecer, y esta era una de las causas que la habían decidido á robarle á Boisgelin con la esperanza de hacerla padecer. Y ya la Guerdache ardía en continuas fiestas; allí reinaba Fernanda

como hermosa convidada, realizado su sueño de vida fastuosa, ayudando á Boisgelin á comerse el dinero que Delaveau hacía sudar á los mil doscientos obreros del Abismo; y hasta esperando poder el mejor día volver á París, para triunfar allí con los millones prometidos. Esta era la historia á que Lucas iba dando vueltas en su fantasía, mientras que á paso lento, de paseo, acudía al convite de Susana. Si no conocía todas aquellas aventuras, sospechaba las que un porvenir próximo iba á permitirle penetraren sus menores detalles. Y al levantar la cabeza vió que no estaba más que á cien metros del parque admirable, cuyos grandes árboles verdeaban en extensión indefinida. Se detuvo, una figura se erguía dominando las demás, la del señor Jerónimo, el segundo Qurignon, fundador de la fortuna, al cual había encontrado la víspera á la misma puerta del Abismo, en su cochecillo conducido por un criado. Y le volvía á ver, muertas las piernas, arruinado, mudo, con sus ojos claros que miraban hacía veinticinco años los desastres que abrumaban á su raza. Su hijo Miguel, hambriento de alegría y de lujo, dejando la fábrica en peligro, matándose en un espantoso drama íntimo. Su nieto Gustavo, robando una querida á su padre y yendo á romperse el cráneo en el fondo de una sima como perseguido por las Furias vengativas. Su hija Laura en el convento, aislada del mundo; el otro hijo Felipe, casándose con una ramera, cayendo con ella en el lodo, muerto en duelo después de afrentosas aventuras; el otro nieto Andrés, el último de su nombre, enfermo, encerrado entre locos. Y ahora el desastre que continuaba, un fermento de podredumbre que acababa de aniquilar la familia: esta Fernanda caída allí como para consumir la ruína, con sus dientes pequeños, blancos, de terrible roedora. Silencioso, había asistido, asistía á tales cosas ¡las notaba, las juzgaba? Se le suponía la inteligencia debilitada; pero con todo, ¡con qué ojos miraba, límpidos, sin fondo! Y si pensaba, ¡qué reflexiones debían de llenar sus largas horas sin movimien-

to! Todas sus esperanzas se habían desmoronado, la fuerza victoriosa en la larga ascendencia de jornaleros; la energía que él creía deber legar á una larga descendencia, mediante una fortuna aumentada sin cesar, ardía como un montón de paja en el fuego de los placeres. En tres generaciones la reserva de potencia creadora que había exigido tantos siglos de miseria y de esfuerzos, acababa de ser devorada con gula en un momento; la exasperación nerviosa, el refinamiento destructor, se habían producido con el cebo ardiente de la sensación. La raza, demasiado pronto ahita, loca por la posesión, se derrumbaba en pleno frenesí de la riqueza. Y aquel regio señorío, aquella Guerdache que él había comprado, soñando poblarla un día con sus numerosos descendientes, parejas felices que extendieran la gloria bendecida de su nombre; ¡con qué tristeza debía de mirarla, al contemplar vacías la mitad de las habitaciones; y qué cólera sentiría al verla hoy entregada á aquella mujer extraña, que traía el último veneno en los pliegues de su falda! Vivía como un solitario, solo tenía relaciones de cariño con su nieta Susana, la única á quien consentía todavía entrar en sus habitaciones del piso bajo. En otro tiempo, Susana, desde los diez años le había cuidado allí, niña amorosa que sentía el infortunio del triste abuelo. Luego cuando había vuelto casada, después de la compra del Abismo y de la Guerdache, había exigido que el abuelo siguiese allí, aunque ya nada le pertenecía después de la partición que había hecho de todos sus bienes cuando le hirió la parálisis. Sentía Susana escrúpulos, le parecía que al seguir los consejos de Delaveau, ella y su marido, habían despojado á los otros dos miembros restantes de la familia, la tía Laura y Andrés el enfermo. En realidad su existencia estaba asegurada y era su abuelo Jerónimo á quien ella se lo pagaba todo en cariño, velando por él como un ángel. Pero él, si dejaba nacer una sonrisa en el fondo de sus ojos claros cuando los fijaba en ella, no tenía en su rostro frío, de facciones grandes, hundidas, más

que dos agujeros, dos pozos insondables, cuando veía pasar al galope delante de él, la vida desenfundada de la Guerdache, ¿veía, pensaba? ¿qué desesperación había, entonces, en sus pensamientos?

Lucas se encontró delante de la verja monumental que daba á la carretera de Formeries, en el sitio en que se separaba el camino de la vecina aldea de Combettes; y no tuvo más que empujar el portillo y seguir por la regia calle de olmos. En el fondo se distinguía la quinta, basto edificio del siglo diez y siete, de noble aspecto en su sencillez, de doce ventanas en la fachada, dos pisos, piso bajo sobrealzado, al cual se llegaba por una doble escalinata, adornada con hermosos jarrones. El parque muy grande, todo pradera y de árboles muy altos, lo atravesaba el Mionna, que alimentaba un gran estanque donde nadaban cisnes.

Y Lucas se dirigía á la escalinata, cuando una risa ligera de bienvenida le hizo volver la cabeza. Bajo una encina, cerca de una mesa de piedra rodeada de sillas rústicas, vió á Susana, que se había sentado allí mientras su hijo Pablo jugaba á sus pies.

—Sí, amigo mío, sí; he bajado á esperar aquí á mis invitados, como aldeana que no teme el aire libre. Cuánto le agradezco que haya aceptado mi invitación tan repentina.

Y le alargaba la mano sonriendo. No era bonita, pero tenía su encanto; muy rubia, pequeña, de fina cabeza redonda, rizado el pelo, los ojos de un azul suave. A su marido siempre le había parecido de una lamentable insignificancia, sin que por lo visto sospechara la deliciosa bondad, el sólido buen juicio que se ocultaban bajo aquel aire de sencillez.

Lucas le cogió la mano que tuvo un instante entre las suyas.

—Usted sí que ha sido amable acordándose de mí; soy tan dichoso, tanto, volviéndola á ver!

Le llevaba ella tres años, le había conocido en la pobre casa en que él vivía, en la calle de Bercy, cerca de la fábrica en que había empezado á trabajar como modesto ingeniero. Muy discreta, repartiendo ella misma sus limosnas, visitaba allí á un albañil viudo, con seis hijos, entre ellos dos niñas de pocos años; encontró al joven en aquel zaquizamí, con las dos niñas sobre las rodillas, una tarde que llevaba ella ropa blanca y pan para aquellos desgraciados. Trabaron amistad, y tuvo ocasión de pagarle la visita en el palacio del parque Monceau, con motivo de sus obras de caridad comunes. Una gran simpatía los había unido poco á poco: llegó él á ser su ayudante, su mensajero, sin saberlo nadie, en asuntos que ellos solos conocían; y de este modo acabó por frecuentar Lucas el palacio, invitado á las veladas, durante dos inviernos, y allí conoció á los Jordan.

—Si usted supiera cuanto se la ha echado de menos, cuanto se ha llorado su ausencia,—se contentó él con añadir, sin más alusión á su antigua complicidad de buenos corazones.

Conmovida, dijo ella:

—Cuando me acuerdo de usted me desconsuela mucho no tenerle aquí, donde tanto habría que hacer.

Lucas acababa de ver á Pablo que venía corriendo, con florecillas en la mano, y al verle tan crecido, mostró asombro. Muy rubio, menudo y sonriente, de aire bondadoso, el niño semejava á su madre.

—Bah,—dijo esta con alegría,—ya va á hacer siete años, es un hombrecillo.

Se habían sentado, conversando como hermanos, en el tibio ambiente de aquel esplendoroso día de Septiembre, tan entregados á sus queridos recuerdos, que ni vieron á Boisgelin bajar la escalinata y acercarse á ellos. Erguido, muy correcto, con su americana de campo, el monóculo en un ojo, Boisgelin era todo un buen mozo lleno de vanidad, de ojos grises, fuerte nariz, el bigote engomado, y re-

cogia en bucles su pelo negro sobre una frente estrecha que descubría un principio de calvicie.

—Buenos días, mi querido Froment,—exclamó con voz que, por buen tono, exageraba el tartajear, cuando pronunciaba las erres.—Mil gracias por haber querido acompañarnos.

Y sin más, después de un fuerte apretón de manos á la inglesa, se volvió á su mujer.

—Díme, querida, ¿no has mandado enviar la victoria á los de Delaveau?

Susana no tuvo nada que responder; la victoria apareció por la calle de altos olmos, conduciendo al matrimonio, que se bajó delante de la mesa de piedra. Delaveau, pequeño, fornido, tenía la cabeza de un bulldog, maciza, corta, de mandíbulas salientes, y la nariz chata, los ojos grandes, saltones, las mejillas coloradas, medio ocultas por el collar espeso de barba negra. Tenía en el aire algo de militar, de autoritario y rígido. A su lado, formaba gracioso contraste Fernanda, morena, de ojos azules, alta, de talle esbelto, de seno y hombros admirables. Jamás cabellera más rica y negra había servido de marco á un rostro más puro ni más blanco, de grandes ojos azules, de ardiente ternura, de boca pequeña y fresca, de dientes pequeños de brillo inalterable y con fuerza para romper guijarros. Teníala orgullosa, sobre todo, lo delicado de sus pies, porque en esto veía la prueba innegable de su descendencia de príncipes.

Inmediatamente se excusó ante Susana, haciendo bajar de la victoria á una doncella que traía en el regazo á su hija Nisa, una niña de tres años, de pelo rubio, rizado, enmarañado, de ojos de color de cielo y una boca de rosa, que reía siempre, haciendo hoyos en las mejillas y en la barba.

—Usted me perdonará, querida mía, si me he aprovechado de su permiso para traer á Nisa.

—Ha hecho usted muy bien,—respondió Susana.—Ya le he dicho que los niños tendrán su mesita.

Parecían amigas. Apenas si en Susana un ligero parpadear anunció su emoción, al ver á Boisgelin solícito alrededor de Fernanda, que por su parte debía de mostrarle enojos, pues le recibió con el aire glacial de que se valía, cuando él intentaba librarse de uno de sus caprichos. Con aire inquieto, volvió él junto á Lucas y Delaveau, que se conocían desde la última primavera, y se daban la mano. Pero la presencia inesperada del joven en Beauclair parecía causar emoción al director del Abismo.

—¡Cómo, está usted aquí desde ayer! Y, naturalmente, no ha encontrado usted á Jordán, porque un parte le ha obligado de repente á salir para Cannes... Sí, sí, ya lo sé; lo que no sabía, que le hubiese llamado á usted... el horno alto le dá en qué pensar, le molesta.

A Lucas le sorprendió verle tan conmovido; le veía á punto de preguntarle por qué Jordán le había hecho venir á la Crêcherie. No comprendió la causa de esta repentina inquietud, y respondió á la ventura:

—¡Oh, molestarle! ¿lo cree usted? Todo va muy bien.

Entonces Delaveau, prudente, para hablar de otra cosa, dió á Boisgelin, á quien tuteaba, una buena noticia: la compra, por la China, de un *stock* de granadas defectuosas que iban á volver á la fundición. Pero se volvió la atención á los niños, porque Lucas, que adoraba la infancia, quedó encantado al ver á Pablo dar sus florecillas á Nisa, su gran amiga. Hermosa chiquilla, ¡parecía un sol menudo, de rubia que era! ¿Cómo había podido salir así, de un padre y una madre tan morenos? Fernanda, que había saludado á Lucas, sondeándole con su mirada aguda, para saber si sería un amigo ó un enemigo, gustaba de que se hiciese aquella pregunta, á la cual con aire triunfante respondía, aludiendo muy claramente al abuelo del niño, el famoso príncipe ruso.

—¡Oh! un gran mozo, rubio y sonrosado. Estoy segura de que Nisa será su vivo retrato.

A Boisgelin debió parecerle que no era *correcto* esperar así á sus convidados, bajo una encina, cosa que podían permitirse solamente modestos burgueses, retirados á la aldea. Al hacerlos entrar en la casa, llevándolos al salón, se encontraron con el señor Jerónimo, á quien un criado llevaba en su cochecillo. El anciano había exigido hacer vida á parte, con sus horas diferentes de comida y de paseo, de levantarse y acostarse; y comía sólo y no quería que nadie se ocupara en sus cosas, y hasta se había establecido la regla de que nadie en casa le dirigiera la palabra. Así es que todos se contentaron con saludarle en silencio. Solo Susana, siguiéndole con mirada cariñosa, sonreía.

El señor Jerónimo, que salía á dar uno de sus largos paseos, pasando á veces fuera toda la tarde, los había mirado fijamente á todos, como testigo olvidado, fuera del mundo, que no devolvía los saludos. Y Lucas volvió á sentir cierto malestar por su duda angustiada, bajo la claridad fría de aquella mirada.

El salón era una estancia grande, muy rica, tapizada de brocatel rojo, con muebles Luis XIV, suntuosos. Acababan de entrar cuando llegaron ya invitados: el sub-prefecto Châtelard, seguido del alcalde Gourier, de su mujer Leonor y de Aquiles, hijo de éstos. De cuarenta años, guapo todavía, calvo, la nariz arqueada, la boca discreta, los ojos grandes y vivos, tras unos lentes, Chatelard era un desecho de París, que, después de haber dejado allí el pelo y el estómago, se había agenciado su plaza en Inválidos, en la subprefectura de Beauclair, gracias á un amigo, improvisado ministro. Sin ambición y malo del hígado y sintiendo la necesidad de reposo, había tenido la suerte de encontrarse con la hermosa señora Gourier, que parecía haberle fijado para siempre allí, en unas relaciones sin tormentas, vistas con buenos ojos por sus administrados, y hasta aceptadas, según decían, por el marido, que tenía

otras aficiones. Leonor, todavía hermosa á los treinta y ocho años, rubia, de grandes facciones regulares, era muy devota, de aspecto frío y recogido, bajo el cual, según murmuraban ciertos iniciados, ardía una continua hoguera de deseos profanos. Y el tal Gourier, un hombrachón vulgar, coloradote, de nuca abultada, cara de luna, no parecía haber sospechado jamás nada, pues hablaba de su mujer con sonrisa compasiva, y prefería á las muchachas que trabajaban en su zapatería, una fábrica importante de calzado, heredada de su padre, en la cual él mismo había ganado una fortuna. No hacían vida común de quince años atrás, y el único lazo que los unía era su hijo Aquiles; un mozo de diez y ocho años ya, que tenía las facciones regulares, los hermosos ojos de su madre, pero muy moreno, y el cual manifestaba un talento y una independencia, que tenía á sus padres confundidos y disgustados. Si la hermosa Leonor jamás había puesto los pies en la zapatería de su marido, la armonía más perfecta parecía unirlos ante el mundo; y sobre todo, desde que Chatelard había entrado en la casa, reinaba allí una dicha constante, que se citaba como ejemplo. El subprefecto y el alcalde, llegando á ser inseparables, facilitaban de esta suerte la administración, y toda la ciudad aprovechaba estas buenas relaciones.

Llegaron luego otros invitados, el presidente del tribunal, Gaume, acompañado de su hija Lucila, á quien seguía su novio, el capitán retirado Jollivet. Gaume, de cabeza larga, frente ancha, barba carnosa, de cuarenta y cinco años apenas; parecía querer hacerse olvidar en aquel rincón perdido de Beauclair, bajo la pesadumbre abrumadora de un espantoso drama íntimo que había trastornado su vida. Una noche su mujer, abandonada por un amante, se había matado delante de él. Frío, severo en su aspecto, quedó para siempre inconsolable, destrozada el alma, todo en secreto, y padeciendo ahora por su hija á quien adoraba, y que al crecer se iba pareciendo más y más á su ma-

dre. Pequeña, linda, cariñosa y delicada, con sus ojos de perdición, en un rostro claro, de cabellera castaña, dorada. Lucila le recordaba la falta de la madre, y tal temor le hacía sentir de verla reproducida, que, en cuanto tuvo la niña veinte años, hizo de ella la prometida del capitán Jollivet, á pesar de la amarga soledad en que iba á caer al desgarrarse el alma separándola de sí. El capitán Jollivet, gastado por sus treinta y cinco años, era con todo un buen mozo; la frente de testarudo, los bigotes arrogantes, el vencedor. Pero unas calenturas que traía de Madagascar le obligaron á presentar la dimisión. Justamente acababa de heredar una renta de doce mil francos, y había decidido vivir en Beauclair, su tierra, casándose con Lucila, cuyo aire de tórtola pasmada le había vuelto loco. Gaume, que vivía malamente de su empleo, no podía rechazar tal partido. Su desesperación oculta parecía crecer con esto, pero jamás había afectado un celo más severo por la ley, fundando siempre en rigor sus juicios, apoyando en el código la dureza de la represión. Algunos decían, que detrás de esta actitud implacable, había un vencido, un pesimista desolado que dudaba de todo, y sobre todo de la justicia humana, ¡Y qué tormento el de un juez que condena, preguntándose si tiene derecho, á los miserables, víctimas del crimen de todos!

En seguida llegaron los Mazelle, con su hija Luísa, de tres años, otro convidado para la mesa pequeña. Era aquel un matrimonio perfectamente feliz; los dos gordos, de la misma edad, poco más de cuarenta, de un parecido que había ido infundiendo el uno en el otro; la misma cara sonrosada y sonriente, el mismo aire paternal y suave. Habían gastado cien mil francos para instalarse á lo burgués, en una casa cómoda, rodeada de un jardín bastante grande; allí vivían con quince mil francos en buenas rentas del Estado, cuya solidez era la única garantía con que se sentían seguros. Su felicidad, la beatífica alegría de su vida, empleada en adelante en no hacer nada, se había

hecho proverbial. «¡Ah, ser como el señor Mazelle, que no hace nada! ¡Ese tiene suerte!» Pero él respondía que bien había ganado su fortuna, con diez años de andar de la ceca á la meca. La verdad era que, modesto tratante en carbones y habiendo casado con una mujer que le traía cincuenta mil francos de dote, ó sea por suerte ó por buen olfato, había previsto las huelgas, cuya frecuencia, hacía años, hacían subir mucho la hulla francesa. Su arranque genial había consistido en asegurarse en el extranjero enormes reservas de carbón, al precio más bajo posible, y revenderlas con grandes beneficios á los industriales de Francia, á quienes la súbita falta de combustible obligaba á cerrar las fábricas. Pero había obrado como un sabio, dejando los negocios hacia los cuarenta, cuando ya tenía los seiscientos mil francos, que según sus cálculos, debían de hacer, de su mujer y de él, una pareja absolutamente feliz. No había cedido siquiera á la tentación de llegar al millón. Temía un cambio de la fortuna caprichosa. Y jamás un bienaventurado egoísmo había triunfado así, ni optimismo alguno había podido decir con más razón que todo marchaba muy bien en este mundo, que era para estas buenas gentes, que se adoraban ciertamente, que adoraban á su hija, fruto serondo, y que en la plena satisfacción de sus apetitos, lejos de toda ambición y de toda fiebre, ofrecían la imagen perfecta de la dicha, de la dicha cerrada á cal y canto, sin vistas á la desventura ajena. La única espina de esta felicidad era que la señora Mazelle, muy gruesa, muy fresca, se creía víctima de una enfermedad grave, sin nombre definido, motivo de que su marido la compadeciese y mimase más, sonriente siempre, diciendo con una especie de vanidad: «La enfermedad de mi mujer,» como pudiera decir: «Los cabellos, el oro único de los cabellos de mi mujer.» Ni temor ni tristeza nacían de aquí, como tampoco de su asombro ante su Luisita, que crecía tan diferente de ellos, morena, delgada y viva,